

esta union y se habia verificado el matrimonio.

Pero sea efecto de los rumores estraños que habian corrido sobre la conducta de Leonor, sea que el placer gustado por don Pedro en la compañía de jóvenes hermosas, vencieran á los sentimientos del amor que podia inspirarle una hermosa muger, los nuevos esposos parecian tristes y vivian casi separados. Leonor de Toledo era jóven, era hermosa, de esa sangre española que quema hasta al pie de los altares las venas por donde corre, tanto que abandonada por su marido, se enamoró de un jóven llamado Alejandro, el cual era hijo del capitán florentino Francisco Gaci. Pero este primer amor no tuvo otra consecuencia. El jóven persuadido de que el marido de la que amaba sabia sus relaciones, y que podia causar á la bella Leonor grandes dolores, se retiró á un convento, y allí sofocó ó al menos encerró su amor bajo un cilicio. Mientras él oraba por Leonor, Leonor le olvidaba.

El que la hizo olvidarse de él sucediéndole, era un jóven caballero de San Estéban, que mas indiscreto que el pobre Alejandro, no dejó ignorar á toda la ciudad que era amado. Así tal vez á causa de este amor, como á causa de la muerte de Francisco Ginori, que acababa de matar en desafio entre el palacio Strozzi y la Puerta Roja, habia sido desterrado á la isla de Elba. Empero el destierro no habia matado al amor, y no pudiendo ya verse los dos jóvenes, se escribían. Cayó una carta en manos del noble gran duque Francisco, á quien en su vida habia asociado Cosme al poder. Fué traído secretamente el amante de la isla de Elba á la prision de Bargello. La noche misma de su llegada hicieron entrar en su prision un confesor y un verdugo: despues, cuando concluyó el confesor, el verdugo dió garrote al jóven. A la mañana siguiente Leonor supo de la boca misma de su cuñado la ejecucion de su amante.

Hacia once dias que lloraba temblando por ella misma, cuando recibió el 10 de julio la órden de ir al palacio de Caffaggiolo, que habitaba hacia muchos meses su marido. Desde entonces creyó que se hallaba perdida, pero no por eso dejó de obedecer, porque no sabia cómo ni dónde encontrar un refugio. Pidió una dilacion hasta el dia siguiente y nada mas: despues fué á sentarse cerca de la cuna de su hijo Cosme, y pasó la noche llorando y suspirando echada sobre su niño.

Los preparativos de marcha ocuparon una parte del dia, de modo que Leonor no salió de Florencia sino á las tres de la tarde, y como instintivamente á cada minuto paraba los caballos, casi entró de noche en Caffaggiolo. Con grande asombro suyo la casa parecia desierta.

Desenagachó el cocheró los caballos, y mientras los criados y las mugeres que la habian acompañado trasladaban los paquetes del equipage desde el coche, Leonor de Toledo entró sola en la hermosa casa de campo que

privada de la luz parecia á aquellas horas triste y sombría como un sepulcro. Subió entonces la escalera ligera y silenciosa cual una sombra, y llena de terror se adelantó estando abiertas todas las puertas, hasta su alcoba; pero en el momento en que ponía el pie en ella, vió detras de la mampara salir un brazo con un puñal, y al mismo tiempo sintió un golpe, dió un grito y cayó. ¡Estaba muerta! Don Pedro, no fiando á nadie el cuidado de su venganza, la habia él mismo asesinado.

Viéndola tendida entonces en su sangre é inmóvil, vino á mirar atentamente á la que habia herido. Leonor habia ya espirado: tan certero y hábil habia sido el golpe. Don Pedro se puso de rodillas al lado del cadáver, alzó sus manos ensangrentadas al cielo, pidió perdón á Dios del crimen que acababa de cometer, y juró en espacion de aquel crimen no volverse á casar jamás. ¡Estraño juramento si se cree á los rumores escandalosos de la época, de su repugnancia por las mugeres que le hacia cumplir este juramento mas fácilmente que cualquiera otro!

Despues el verdugo se convirtió en enterador, colocó en un ataúd preparado de antemano el cuerpo del que acababa de arrojar el alma, cerró el ataúd y lo llevó á Florencia, donde fué sepultada la misma noche y en secreto, en la iglesia de San Lorenzo.

Ademas, don Pedro ni aun cumplió su juramento: se casó en 1590 con Beatriz de Meneses: verdad es que esto fué diez y siete años despues del asesinato de Leonor, y que Pedro de Médicis con su carácter debia haberse olvidado, no solo el juramento hecho, sino de la causa que lo habia dictado.

Vamos ahora á las hijas de Cosme.

María era la mayor. Era á los diez y siete años, como dice Shakspeare de Julieta, una de las mas bellas flores de la primavera de Florencia. El jóven Malatesta, page del gran duque Cosme se enamoró de ella. La pobre niña por su parte le amó con aquel primer amor que nada sabe rehusar. Un viejo español sorprendió á los dos amantes en una cita, y en tal situacion, que no le dejó duda alguna sobre la intimidad de sus relaciones. Contó al gran duque Cosme lo que habia visto.

María murió envenenada á los diez y siete años, porque su vida prolongada seis meses mas, hubiera sido un deshonor para su familia. Malatesta fué aherrojado en una prision, y habiendo logrado escaparse al cabo de diez ó doce años, llegó á la isla de Candia, donde su padre mandaba por los venecianos. Dos meses despues lo encontraron asesinado una mañana en la esquina de una calle.

Lucrecia era la segunda hija de Cosme. A la edad de diez y nueve años se casó con el duque de Ferrara. Un dia llegó á la corte de Toscana un correo que anunció que la jóven princesa habia muerto de repente. Dijose en la corte que habia sido arrebatada por una fie-

bre pútrida: dijose en el pueblo que su marido la habia asesinado en un momento de celos.

Isabel era la tercera: era la favorita de su padre. El amor de Cosme por su hija pasaba como se va á ver de los limites del amor paternal.

Un dia que Vasari, oculto por los andamios, pintaba el techo de una de las salas del Palacio Viejo, vió entrar en la sala á Isabel. Era hácia el medio dia: el aire era ardiente. Ignorando que hubiese alguno en el mismo cuarto que ella, la jóven recorrió las cortinas, se acostó en un divan y se durmió.

Poco despues Cosme entró á su vez y vió á su hija. Cosme miró un instante á Isabel dormida, con ojos ardientes de deseos; despues fué á cerrar todas las puertas por dentro; poco despues Isabel dió un grito. Vasari no vió nada mas, porque á su vez él cerró los ojos y aparentó dormir. Al descorrer las cortinas recordó Cosme que en aquel cuarto debia ser donde pintaba Jorge Vasari. Alzó los ojos al techo, y vió el andamio. Al instante le ocurrió la idea de que habia tenido un testigo de su crimen, y aquella idea en un corazon como el de Cosme, fué seguida inmediatamente del deseo de desembarazarse de él.

Cosme subió poquito á poco la escala, llegó al techo, y encontró á Vasari con la cara vuelta á la pared durmiendo en un rincon de su andamio. Acercóse á él, sacó su puñal, le aproximó lentamente al pecho para asegurarse si realmente dormia ó fingia dormir. Vasari no hizo el mas leve movimiento, su respiracion permaneció tranquila é igual, y convencido Cosme de que su pintor favorito no habia visto ni oido nada, volvió á envainar su puñal y bajó del andamio.

A la hora en que tenia costumbre de salir Vasari salió, y volvió á la mañana siguiente á la hora en que tenia costumbre de volver. Esta sangre fria le salvó: si hubiese huido era perdido, porque donde quiera que hubiese huido, hubiera ido á buscarle el puñal ó el veneno de los Médicis.

Sucedía esto en el año 1537.

Al año siguiente, como Isabel ya tenia diez y seis años, fué preciso pensar en casarla.

Entre los pretendientes á su mano, eligió Cosme á Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano, pero una de las condiciones del matrimonio fué, dicen, el que Isabel continuaria viviendo en Toscana al menos seis meses al año.

Este matrimonio contra todo lo que se aguardaba fué visiblemente triste y frio: decíase para explicar esta terrible indiferencia de un marido jóven con una muger jóven y bonita, que los rumores del amor de Cosme por su hija habian llegado á su noticia y causaban su repugnancia. Pero en fin, fuese cual fuese la causa, el hecho es que existia esta repugnancia. Giordano estaba la mayor parte del año en Roma, dejando, cualquiera que fue-

sen sus quejas, á su muger permanecer en Toscana. Semejante abandono debia producir frutos adúlteros. Jóven, bella, apasionada, en medio de una de las cortes mas galantes del mundo, Isabel no tardó en hacer olvidar con nuevas acusaciones la antigua que la habia manchado. Entretanto Giordano callaba porque Cosme vivia siempre, y mientras Cosme vivia no hubiera pensado ni atrevidose á vengarse de su hija. Pero Cosme murió en 1574.

Giordano Orsini habia dejado en cierto modo á su muger bajo la vigilancia de uno de sus próximos parientes, llamado Troilo Orsini, y hacia algun tiempo que aquel guarda de su honor le escribia que Isabel llevaba una conducta regular, y tal cual podia desearla, de modo que casi habia renunciado á su proyecto de venganza, cuando en una disputa particular y sin testigos, Troilo mató de una puñalada á Sabio Torello, page del gran duque Francisco, lo que le obligó á huir. Entonces se supo por qué Orsini habia muerto á Torello. Eran los dos amantes de Isabel, y Orsini queria serlo solo.

Supo Giordano á un mismo tiempo la doble traicion de su pariente y de su muger. Marchó inmediatamente á Florencia, y llegó cuando Isabel, que temia la suerte de su cuñada Leonor de Toledo, asesinada hacia cinco dias, se preparaba para abandonar la Toscana y huir al lado de Catalina de Médicis, reina de Francia. Pero la aparicion inesperada de su marido descompuso todas sus disposiciones. Sin embargo, á la primera vista se tranquilizó Isabel: Giordano Orsini parecia volver á su lado mas como un enamorado que como un juez. La dijo que habia comprendido que todas las faltas eran culpa suya, y que deseoso de vivir en lo sucesivo con una vida mas feliz y mas regular, venia á proponerla que olvidasen mutuamente sus culpas. El trato en la situacion en que se hallaba Isabel era muy ventajoso para ella para que no lo aceptase: sin embargo, no se reunieron en aquel dia los dos esposos.

Al dia siguiente, 16 de julio de 1576, convidó Giordano á su muger á una gran cacería que debia dar en su casa de campo de Cerreto. Aceptó Isabel, y llegó por la noche con sus mugeres. Apenas habia entrado, vió venir á donde estaba á su marido llevando él mismo dos magníficos lebreles que le suplicó admitiese; y de que la aconsejó se sirviese al dia siguiente: despues se pusieron á la mesa. En la cena estuvo Orsini mas alegre que nadie le habia conocido nunca, haciendo á su muger finezas, tratándola como hubiera podido hacerlo un amante á su querida, tanto que por habituada que estuviese ella á tratar con gente disimulada, casi Isabel se engañó. Sin embargo, despues de la cena el marido la invitó á que pasase á su cuarto, dándole el ejemplo. Entretanto sintió Isabel instintivamente estremecerse y palidecer, y volviéndose hácia la Frescovaldi, su primera dama de honor:

—Señora Lucrecia, la dijo, ¿iré ó no iré?

Sin embargo, á la voz de su marido que volvía á buscarla, preguntándola riéndose si quería seguirle ó no, cobró valor y le acompañó.

Entró en el cuarto, y no halló mudanza ninguna. Su marido tenía siempre el mismo rostro, y la cita parecía aumentar su error. Engañada Isabel, se abandonó á él, y cuando se hallaba en una posición en que no podía defenderse, Orsini sacó de debajo de la almohada una cuerda ya dispuesta y la echó al cuello de Isabel, y cambiando de repente sus besos y sus abrazos en un apretamiento mortal, la ahogó á pesar de sus esfuerzos para defenderse, sin que pudiese ni aun dar un grito.

Así fué como murió Isabel.

Quedó Virginia: esta fué casada con César de Este, duque de Módena. Esto es todo lo que de ella se sabe. Sin duda tuvo mejor suerte que sus tres hermanas. La historia no olvida mas que á los que son felices.

Este es el lado sombrío de la vida de Cosme: ahora vamos al lado brillante.

Era Cosmé uno de los hombres mas hábiles de la época. Entre otras cosas, dice Vaccio Valdini, conocía una gran cantidad de plantas, sabía su cultivo, cómo nacían, cómo vivían mas tiempo, cómo tenían el olor mas vivo, y dónde se criaban las mas hermosas flores, cómo producían los mejores frutos, y cuál era la variedad de las flores y de los frutos para curar las enfermedades ó las heridas de los hombres y de los animales. Como era un excelente químico, componía con las plantas, con las aguas, esencias, aceites, medicamentos balsámicos, y daba estos remedios á los que se los pedían, fuesen ricos ó pobres, fuesen toscanos ó extranjeros, habitantes de Florencia ó de cualquiera otra ciudad de Europa.

Cosme amaba y protegía las letras. En 1544 fundó la Academia florentina, que llamó su muy querida y feliz academia; allí debían enseñar y comentar el Plutarco y el Dante. Sus sesiones se tenían en un principio en el palacio de la Via Larga: despues, para que estuviera mas libre y con mas comodidad, les dió un salon en el Palacio Viejo. Desde la caída de la república aquella gran sala era inútil.

La universidad de Pisa, protegida ya por Lorenzo de Médicis, había tenido cierto brillo en otra época, pero abandonada por los sucesores del Magnífico, se había cerrado. Cosme la volvió á abrir, y les concedió grandes privilegios para asegurar su existencia: por último, agregó á aquel establecimiento un colegio para que cuarenta jóvenes que anunciaban buenas disposiciones y talento, y elegidos entre las familias pobres, se educasen á su costa.

Hizo Cosmé poner en orden y enumerar todos los manuscritos y todos los libros de la biblioteca Lorenciana que el papa Clemente XII había comenzado á reunir.

Aseguró con una renta el mantenimiento

y la existencia de las universidades de Florencia y de Siena.

Adquirió una imprenta, é hizo venir al Torrentino de Alemania y traer todas las ediciones que llevan el nombre de este célebre tipógrafo.

Acogió á Pablo Sone, que se veía errante, y á Scipion Ammirato, que se hallaba proscrito, y habiendo muerto el primero en su córte, le hizo construir un sepulcro con su estatua.

Quería el gran duque que todos escribiesen libremente segun su gusto, segun su opinión y segun su capacidad: animó tanto á seguir este camino á Benedeto Varchi, Filipo de Nerli, Vicencio Borgini y á tantos otros, que de los solos volúmenes que le dedicaron por reconocimiento los historiadores, poetas y sabios contemporáneos, podía formarse una biblioteca.

Por último, obtuvo que Boccacio, prohibido por el concilio de Trento, fuese revisado por Pio V, que murió revisándolo, y por Gregorio XIII, haciéndose una edicion en 1573, que está revisada por la censura pontifical, y pretendía la misma revision para las obras de Maquiavelo, cuando murió antes de haberla conseguido.

Cosme era artista. No fué culpa suya si vino al mundo cuando iban desapareciendo los grandes hombres. De toda aquella brillante pléyada que había iluminado los reinados de Julio II y Leon X, no quedaba mas que Miguel Angel. Hizo todo lo que pudo por tenerlo: le envió un cardenal y una embajada, le ofreció la cantidad de dinero que señalase él mismo, el título de senador y un empleo á su eleccion: pero Paulo III lo tenía y no quería soltarlo. Entonces, á falta del gigante florentino, juntó lo mejor que pudo reunir.

El Ammanato, su ingeniero, le construyó por los planos de Miguel Angel el hermoso puente de la Trinidad, y le hizo la estatua de Neptuno de mármol de la plaza del Palacio Viejo. Hizo hacer á Baccio Bandinelli el Hércules y el Baco, la estatua del papa Leon X, la del papa Clemente VII, la del duque Alejandro, la de Juan de Médicis, su padre, y su propia estatua; la Logia del Mercado nuevo y el coro del Domo. Benvenuto Cellini fué llamado de Francia para fundirle su Perseo en bronce, para tallarle copas de ágata, para grabarle medallones de oro. Despues, como había encontrado en los alrededores de Arezzo, dice Benvenuto en sus Memorias, una multitud de figuritas de bronce á las que faltaba á unas la cabeza, á otras las manos y á otras los pies, Cosme las limpiaba él mismo y las quitaba el orin con precaucion para que no se echasen á perder. Un dia que Benvenuto Cellini iba á hacer una visita al gran duque, le encontró rodeado de martillos y cinceles. Dándole un martillo á Cellini y teniendo un cincel, Cosme le mandó que dijese con el primero

mientras él dirigía el otro: y no tenían así la traza de un soberano y un artista, sino simplemente la de dos obreros plateros trabajando en un mismo establecimiento.

A fuerza de investigaciones químicas, halló Cosme, con Francisco Ferrugi de Piezzola, el arte de cortar el pórfido, perdido desde los romanos, y lo aprovechó para hacer esculpir la bella base del palacio Pitti y la estatua que colocó en la plaza de la Trinidad en lo alto de la columna de granito que le había regalado el papa Pio IV.

Acogió y empleó á Juan de Bolonia, que hizo para él el Mercurio y el Robo de las sabinas, y despues fué arquitecto de su hijo Francisco.

Mantuvo á Bernardo Buontalenti, al que dió á su hijo el gran duque por maestro de dibujo.

Colocó bajo la direccion del arquitecto Tribolo las construcciones y jardines del Castello.

El fué tambien el que compuso el palacio Pitti, al que dejó su nombre y del que hizo su hermosa córte.

Había llamado á su lado á Jorge Vasari, arquitecto, pintor é historiador. Pidió al historiador una historia del arte, dió al pintor el Palacio Viejo para que lo pintase, el arquitecto tuvo que construir un corredor que uniese el palacio Pitti al Palacio Viejo, á la manera del que dice Homero que unía el palacio de Priamo con el de Héctor.

Recibió Vasari tambien la orden de edificar aquella magnífica galería de los Oficios, hoy convertida en tabernáculo de las artes, y cuya magnífica *Ilustracion* publica á estas horas Florencia.

Agradó tanto este monumento á Pignatelli, que lo vió cuando no era todavía mas que fraile en Florencia, que hechó papa en 1691, hizo hacer por el mismo modelo la Curia Inocenciana en Roma.

En fin, reunió en el palacio de la Via Larga, en el Palacio Viejo y en el de Pitti, todos los cuadros, todas las estatuas, ora antiguas, ora modernas, que habían sido pintadas, esculpidas, grabadas, ó halladas en las escavaciones ejecutadas por Cosme el Antiguo, por Lorenzo, y por el duque Alejandro, y que dos veces habían sido saqueadas y habían desaparecido; la primera al paso de Carlos VIII, y la segunda cuando el asesinato del duque Alejandro por Lorenzini.

Así el elogio de los contemporáneos ha sofocado la censura de la posteridad: la parte sombría de aquella vida se pierde en la parte brillante, y se olvida que aquel protector de las artes, de las ciencias y de las letras, había muerto á uno de sus hijos, envenenado á una de sus hijas, y violado á otra.

Verdad es que los contemporáneos de Cosme I eran Enrique VIII, Felipe II, Carlos IX, Cristian II, y aquel infame Paulo III, cuyo hijo violaba los obispos (4).

(4) Benedeto Varchi, Historia del obispo de Fano.

Murió Cosme en 21 de abril de 1574, dejando el trono ducal á su hijo Francisco I, á quien había asociado hacia muchos años al poder, y de quien hemos dicho casi todo lo que hay que decir, ante la estatua de Fernando I en Liorna, y con motivo de los amores de Bianca Capello, su querida y su muger.

Era Cosme sóbrio; comía poco, bebía poco, y en los últimos años de su vida había perdido el apetito, y se contentaba con comer algunas almendras. Casi siempre durante la comida, tenía á su mesa un sabio, con el que hablaba de química, botánica ó geometría; un artista, con el que raciocinaba sobre el arte, ó un poeta, con el que discutiese sobre Dante ó Boccacio. A falta de estos, hablaba con los sirvientes que le asistían de cosas peculiares á sus conocimientos: porque sabía, dice su historiador, él solo tanto como todos los hombres juntos.

Sus dos placeres mas vivos eran la música y la caza. Le gustaba cantar en coro, y muchas veces bañándose en el Arno con los caballeros que admitía á su intimidad, por medio de tablitas de madera sobre las que cada uno tenía escrita la parte de música que había de cantar. Cosme daba entonces conciertos en plena agua á sus súbditos, porque ante todo era enemigo del descanso, y trabajase ó divirtiérase; siempre tenía necesidad de ocuparse en algo.

Era á la vez el mejor cazador, el mas hábil halconero, y el pescador mas diestro de su reino. Pero se vió obligado á renunciar muy pronto á estos ejercicios, porque le atacó la gota á la edad de cuarenta y cinco años.

Se ve, pues, que en Cosme I había caracteres propios de Augusto y de Tiberio.

Volvamos ahora á la sala del Palacio Viejo, de que nos ha apartado esta larga biografía, y que es la misma, si hemos de creer la tradicion, en la que se verificó el terrible crimen de la violacion de Isabel.

El cuadro no es el mas notable con respecto al arte; sino el mas extraordinario seguramente como hecho registrado, es el cuadro de Ligozzi, representando el recibimiento hecho por Bonifacio VIII á doce embajadores de doce potencias que todos eran florentinos. Tan indisputable era en el siglo XIII y XIV el genio político de la magnífica república.

Estos doce embajadores eran: Muciato Franzesi, por el rey de Francia. Ugolino de Vicchio, por el rey de Inglaterra.

Ranieri Langru, por el rey de Bohemia. Vermiglio Alfani, por el rey de Germanos. Simone Rossi, por la Rascia. Bernardo Ervai, por el señor de Verona. Guiscardo Bastai, por el kan de Tartaria. Manno Fronte, por el rey de Nápoles. Guido Tabanca, por el rey de Sicilia. Lupo Farinata de los Huberti, por Pisa. Gino Diotesalvi, por el señor de Camerino.

Y por último, Bencivenni Folchi, por el gran maestro de Jerusalem.

Esta fué una reunion estraña, que hizo decir á Bonifacio VIII que venia á mezclarse en el mundo un quinto elemento, y que los florentinos eran el quinto elemento.

Los gigantescos frescos que cubren las paredes, así como todos los cuadros del techo, son de Vasari. Los frescos representan las guerras de los florentinos contra Siena y Pisa. Para la ejecucion de los últimos habia preparado Miguel Angel aquellos hermosos cartones que se han perdido sin que se haya sabido qué se ha hecho de ellos.

En las otras habitaciones del palacio, que son donde vivian, se encuentra tambien un número considerable de pinturas de la misma época casi. Es preciso exceptuar una lindísima capilla de Rodolfo Guirlandajo, que forma por su posicion estricta y religiosa una estraña oposicion con aquella pintura fria y pagana del tiempo de la decadencia.

Destruído como lo ha sido por los sucesores de Cosme I, el Palacio Viejo conserva todavía materialmente un recuerdo de la república. Es la torre de Barberia, donde fué encerrado Cosme el Antiguo, y á cuya puerta un siglo mas tarde, cuando la conspiracion de los Pazzi, el valiente gonfaloniero Cesar Petrucci hizo la guardia con un asador.

En esta torre, hoy separada como leñera, fué donde pasó Cosme el Antiguo los cuatro dias mas malos de su vida. Durante aquellos cuatro dias, el temor de ser envenenado por sus enemigos, le impidió tomar alimento alguno.

Porque, dice Maquiavelo, muchos querian que fuese desterrado; pero muchos querian tambien hacerle morir, mientras que el resto callaba ó por compasion ó por miedo. Los últimos, no tomando ningun partido, impedían que se hiciese nada. Durante este tiempo, Cosme habia sido encerrado en una torre del palacio, y puesto bajo la guardia de un carcelero. Aquel gran ciudadano oia el rumor de las armas que habia en la plaza, y el continuo sonido de las campanas de alarma que llamaban al pueblo. Temia á la vez que le hicieran morir públicamente, ó mas bien que le mataran en secreto. Por eso fijándose en esta última idea, estuvo cuatro dias sin tomar alimento alguno, á no ser un poco de pan que habia llevado consigo. Entonces, apercibiéndose de los temores de su prisionero, el carcelero que le habia servido la comida, y hacia cuatro dias que se llevaba intacto el alimento, meneó lentamente la cabeza y le dijo:

—Tú dudas de mí, Cosme, tú temes ser envenenado, y por este temor te dejas morir de hambre. Es hacerme poco honor creer que pueda prestarme á semejante crimen. No temas por tu vida, que está asegurada porque tienes muchos amigos en palacio y fuera de él, pero aun cuando debieses perder la vida,

pierde el temor con respecto á mí, porque para ejecutarla seria preciso otro ministro y no yo. Yo no mancharé mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya: jamás me has hecho ofensa alguna; tranquilízate, pues, come, y consérvate para tus amigos que te quieren. Para tranquilizarte mas, dispénsame cada dia el honor de permitirme sentarme á tu mesa y yo comeré el primero de todo lo que tú comas.

A aquellas palabras Cosme se sintió reanimado, abrazando á su carcelero llorando y jurándole un reconocimiento eterno, y prometiéndole acordarse de él si alguna vez la fortuna le proporcionaba los medios de recompensarle.

Olvida Maquiavelo decir si en los tiempos felices se acordó Cosme de la promesa hecha en los dias del infortunio.

El nombre de aquel carcelero, que no se dice, deja muy atrás á los carceleros conocidos y honrados de los Caigniez, Guilberto de Pixerecourt, Victor Ducange, y otros románticos.

Aviso á la posteridad que no hallándose recargada de carceleros, puede dar una buena plaza á este.

LA PLAZA DEL GRAN DUQUE.

Al salir del Palacio Viejo se tiene delante de sí y volviendo la espalda, el *Caco* de Baccio Bandinelli, y el *David* de Miguel Angel; gigantescos centinelas de aquel gigantesco palacio. A la izquierda, en el segundo término, la *Loggia dei Lanzi*; enfrente de sí, y en el tercer término, el techo de los Pisanos; por último, á la derecha el famoso *Marsocco* que dividió con Jesucristo el honor de ser gonfaloniero de Florencia: en fin, la fuente de Ammanato y la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan de Bolonia.

Baccio Bandinelli es la exageracion de Miguel Angel, cuyo talento no le salva de la exageracion sino por lo sublime. El fué el que hizo del Laocconte antiguo una copia que encontraba tan hermosa que la preferia al original. Contaron esta pretension á Miguel Angel, el que se contentó con responder:

—Es difícil pasar á un hombre cuando se le sigue por la espalda.

Los artistas admiran mucho el cuello del *Caco*. Baccio Bandinelli creia sin duda tambien que esto era lo mejor de su grupo, porque apenas estuvo ejecutada esta parte cuando la hizo modelar y la envió á Roma, Miguel An-

gel vió aquella copia y se contentó con decir: —Esto es hermoso, pero es preciso aguardar á lo demas.

En efecto, el resto, es decir, el dorso del *Caco* fué muy exactamente comparado á un saco de patatas.

Miguel Angel no era el único con el que Baccio Bandinelli estuvo en oposicion en puntos artísticos, y con el que tuvo disputas de palabra.

Benvenuto Cellini, que tenia el puñal tan listo como el cincel, le tenia un odio igual á la admiracion que le inspiraba Miguel Angel. Un dia encontráronse juntos los dos artistas delante de Cosme I. Comenzaron sus eternas disputas á pesar de la presencia del gran duque, y se acalararon hasta tal punto, que Benvenuto enseñando su puñal á su adversario:

—Baccio, le dijo, te aconsejo que te prepares para ir al otro mundo, porque como hay Dios! que cuento despacharte para él.

Entonces respondió Bandinelli: —Prevénme un dia antes para que me confiese y no me muera como un perro, y cuando me presente á la puerta del cielo no me tomen por tí.

El gran duque calmó á Benvenuto, encargándole hacer la estatua de Perseo, y á Baccio Bandinelli encargándole su grupo de Adán y Eva.

El David tiene tambien su historia, porque en Florencia todo aquel pueblo de estatuas y de cuadros tiene su tradicion individual: dormia hacia cien años en un grande trozo de mármol apenas desbastado desde que Simon de Fiesoli, escultor de principios del siglo XV, habia querido darle las formas de un gigante: pero habiendo el estatuario, poco experimentado, tomado mal sus medidas, habia quitado el trozo del pedestal, y el trozo yacia sin concluir, cuando Miguel Angel lo vió, tuvo compasion de aquel informe mármol, lo puso en pie y luchando con él cuerpo á cuerpo, de tal modo esgrimió el cincel y el martillo, que sacó de él aquella estatua de David. Miguel Angel tenia entonces veinte y nueve años.

Mientras este grande artista ejecutaba esta obra, recibió la visita del gonfaloniero Soderini, el único gonfaloniero perpétuo que ha tenido la república. Soderini con su tontería, que su secretario Maquiavelo ha hecho proverbial en una cuarteta, no dejó de hacerle críticas y mas críticas. Incomodado Miguel Angel aparentó ceder á una de ellas, y tomando al mismo tiempo que su cincel un puñado de polvillo de mármol, invitó á Soderini á que se acercase para ver si habia seguido bien su consejo. Acercóse Soderini abriendo sus ojos de tonto, y Miguel Angel hizo volar hácia ellos el puñado de polvillo de mármol que tenia escondido en su mano, lo que pensó cegarle.

Vasari y Benvenuto han hecho mal en decir que aquel David era una obra maestra. Los que han escrito despues sobre Florencia, han

hecho mal en decir que era una obra inferior. Es buenamente una obra de la juventud de Miguel Angel, llena á la vez de bellezas y defectos; empero que colocada donde se halla, concurre admirablemente al conjunto de aquella hermosa plaza.

La *Loggia dei Lanzi*, una de las obras maestras de aquel Andrés Orcagna que firmaba sus cuadros, *Orcagna, sculptor*, y sus esculturas, *Orcagna, pictor*; fué levantada primitivamente en 1374 para ofrecer á los magistrados en las *ralias* ó *reuniones* que se celebraban en la plaza pública, un refugio contra la lluvia, que cuando cae en Florencia cae á torrentes. Son los *Rostris* de aquel otro *Foro*. Desde allí, y desde la Ringhiera, especie de tribuna destruida en medio de una tempestad popular, y que se hallaba levantada en la puerta del Palacio Viejo, hablaban los oradores al pueblo. Bajo los Médicis, los lansquenes, habiendo tenido su cuerpo de guardia en la vecindad de la *Loggia*, y hallándose naturalmente desocupados como lo están siempre los soldados extranjeros, pasaban su tiempo en pasear bajo aquel hermoso pórtico. De aquí el nombre de *Loggia dei Lanzighinetti*, y por abreviacion *dei Lanzi*.

La *Loggia dei Lanzi* está ricamente adornada de estatuas antiguas y modernas. Estas estatuas, que son en número de seis, y que representan sacerdotisas ó vestales, provienen de la *Villa-Médicis* de Roma, y han perdido el nombre de sus autores. Las estatuas modernas, en número de tres, representan una Judit, un Perseo y un romano robando una sabina. Son de Donatello, de Benvenuto Cellini y de Juan de Bolonia.

La Judit de Donatello debe su ilustracion mas á la circunstancia que ha precedido á su instalacion actual que á su mérito artístico. En efecto, es una de las mas débiles y de las menos airosas estatuas del autor. Estaba en el palacio Riccardi y pertenecia á los Médicis; pero cuando Pedro, despues de haber entregado la Toscana á Carlos VIII, fué arrojado de Florencia y saqueado su palacio, resolvieron perpetuar la memoria de aquella venganza popular poniendo la estatua de la Judit debajo de la *Loggia* de los Lansquenets. En su consecuencia fué trasportada allí con gran pompa, y se grabó sobre su pedestal esta amenaza que Lorenzo II dejó á su vuelta subsistir sin duda por indolencia, y Alejandro á su advenimiento al trono por desprecio:

*Exemplum salut. publ. Cives posuere
XCCCCXCV.*

El gran duque actual probablemente ni aun ha fijado en ello la atencion: es demasiado querido para que esto pueda hacer alusion á él.

Al lado de la Judit está el Perseo, el Perseo que Benvenuto Cellini ha llamado tanto una obra maestra, que se ha hecho moda dis-